

La invasión semítica en Siria no se limitó a los fenicios, a los khetas y a los rotenu. A lo largo de siglos la región del Jordán y del Mar Muerto fue invadida por gente nueva que hablaban una lengua casi igual a la de los kenaanis. El establecimiento de los pueblos semíticos y su entrada en la vida de ciudad, se producía lentamente y sin dañar la vida nómada que seguían llevando la mitad de las tribus. Arabia y Siria estaban llenas de familias errantes que habitaban en tiendas y conservaban el secreto del bien decir e ideas fundamentales de la raza. La vida de la tienda es la más propicia para la reflexión y para la pasión. En esta clase de vida, austera y grandiosa, se creó uno de los espíritus de la humanidad, una de las formas bajo las cuales el genio que encarna en nuestros nervios y músculos llegó a la expresión y a la vida. El judaísmo (del cual es una consecuencia el cristianismo), y el islamismo, tienen sus raíces en esta sociedad antigua. Sin lugar a dudas fueron padres de la fe aquellos jefes de tribus nómadas que recorrían el desierto, graves, honrados a su manera, no muy inteligentes, pero puritanos, enemigos de las bajezas paganas, amantes de la justicia y que gustaban de mirar al cielo.

La filosofía y la ciencia, que son las obras principales de la humanidad, no podían salir de allí, pero entre los grupos humanos que fueron los primeros en experimentar el sentimiento del orden y de la altivez fundada en la estimación de sí mismo, tienen que ocupar lugar preferentes los pastores semitas. El campamento hebreo, al igual que el *gard* ario, es una especie de asilo, una selección virtuosa entre un mundo de violencia, como lo era el Turáu i de rebajamiento moral, como lo era Egipto, y, probablemente Asiria. La religión estaba ya muy unida al buen vivir y en parte a la moralidad.

Se obtenía dicha moralidad por medio de una asombrosa sencillez de ideas. La libertad individual, que para nosotros es el fruto más valioso de la civilización, no existía. El hombre de entonces formaba parte, ante todo, de su grupo antropológico, lingüístico o religioso. Aún no habían sucedido en el mundo ninguno de esos grandes hechos emancipadores que al destruir el marco demasiado estrecho de la nación, devuelven la individualidad al hombre; ningún gran hecho como la civilización griega, el imperio romano, el cristianismo, el islamismo, el Renacimiento, la Reforma, la Filosofía o la Revolución. La unidad era absoluta en la tribu. La justicia de los unos era la justicia de los otros. El crimen de los unos era el crimen de los otros, porque la suerte del individuo estaba ligada a la moralidad del conjunto del que formaba parte. Las generaciones existían en su padre; una tribu era un hombre; todas las genealogías sabidas de memoria estaban concebidas en este estilo, que más tarde había de crear tantas equivocaciones.

Para nosotros, la responsabilidad es personal y el crimen tiene que ir precedido de una intención criminal. Según nuestras ideas, Abimelek, rey de Guerara, no habría sido más culpable, de no descubrir la astucia de Isaac (*Génesis*, XXVI). Pero para él la diferencia era grande. Habría

sido adúltero sin saberlo. Ahora bien, el adulterio era un fuego interior, un mal que en sí mismo llevaba la ruina y la destrucción de las familias, por lo cual Abimelek hacía bien en preguntarle a Isaac. «¿Qué me ibas a dejar hacer?»

Aquellas tribus nómadas podían formar grupos de 400 a 500 hombres. Al ser mayores hallaban dificultad en los pastos y esto motivaba separaciones, pero le recuerdo del parentesco primitivo perduraba siglos enteros. Era raro que se unieran extranjeros a las tribus. Era muy importante conservar la pureza de la sangre y los jefes que se respetaban hacían buscar a sus futuras mujeres algunas veces en países muy lejanos, donde creían que había nacido su raza en otros tiempos.

El jefe de familia o patriarca resumía toda la institución social de aquella época. Su autoridad indiscutida era absoluta. No necesitaba agentes que la hicieran respetar, y el poder estaba realmente en el conjunto de la tribu. La única medida coercitiva conocida era la de la sentencia de muerte o la expulsión de la tribu, que venía a ser lo mismo. La asamblea de ancianos administraba justicia. El código consistía solamente en aplicar la ley del Talión. La venganza sangrienta se imponía como un deber a la familia perjudicada y bastaba ésta para ejecutar el homicidio casi tan escaso como en nuestra sociedad con instituciones mucho más complicadas. Lo mismo ocurre aún en Arabia, donde, sin gobierno establecido, el número de crímenes contra las personas no es mayor que entre nosotros con tanta policía.

El poder no tenía signos exteriores. El respeto era la piedra angular de semejante sociedad. No se conseguía la jefatura por la violencia, ni por el sufragio, ni por la herencia, ni por constitución establecida. La autoridad era un hecho evidente, que se comprobaba por sí mismo. Sin ninguna organización guerrera, sin profetas ni sacerdotes, aquellos grupos nómadas llegaban a realizar, a veces, sociedades perfectas. La nación no existía, pero gracias a la solidaridad de la tribu, eran bastante seguras la propiedad y la vida.

El jefe de familia tenía normalmente una sola mujer oficial, pero en algunos casos, el patriarca se casaba con dos esposas de sangre noble, a veces hermanas. Este sistema solía tener sus consecuencias naturales, o sea la falta de inteligencia entre los hermanos. Los hijos de una misma madre eran los únicos verdaderos hermanos (*amadelfos* o *adelfos*, por haberlos amamantado el mismo seno). El patriarca poseía, además, como concubinas, a todas las esclavas de su tienda, y especialmente a las de su mujer y, con el consentimiento y, a veces, a petición de ésta, tenía hijos de todas ellas. Estos hijos de concubinas no tenían los mismos derechos que los de las esposas nobles, pero formaban parte de la familia.

El derecho de primogenitura entre los hijos de esposas nobles, era un privilegio considerable.

Si nacían gemelos, la partera ataba un hilo rojo al brazo del primero. El mayor era el jefe de la familia; el padre solía arreglar las particiones entre los hijos. Su bendición equivalía a un sacramento, aunque hubiese error en la persona.

No había hijos ilegítimos; todas las prostitutas eran extranjeras; la mujer culpable era quemada o apedreada, y el fruto del delito destruido con ella. Si nacía se le apedreaba. Por otra parte, la mujer tenía derecho a ser madre, y si moría el marido, podía exigir a su cuñado o a otros individuos de la familia del difunto, que le hiciesen hijos. Fallar a este deber parecía un crimen horrible.

La esclavitud era una consecuencia necesaria de tal tipo de vida. Se reclutaba por medio de compra o de guerra entre tribus. El esclavo formaba parte de la familia. Como el trabajo material era poco en este género de vida, su condición no era muy dura, por lo menos en los varones. El esclavo varón era hombre de confianza y compartía todos los sentimientos de la tribu. Protegido por su amo, era casi tan respetado como éste. En cambio se guardaban para la mujer esclava las tareas más penosas, como la de moler el grano y subir agua.

Aunque no vivían en poblaciones construidas con regularidad, la vida de los semitas nómadas no era un vagar constante de sitio en sitio. La tribu residía a veces bastante tiempo en un lugar e incluso edificaba casas de construcción rápida, como las que hoy se ven en los villorrios de Siria. Las casas eran consideradas beneficios de Dios, que las construía para aquellos a quienes amaba. Reuniendo de cualquier manera los pedruscos que abundan sobre el suelo de Siria, y cubriendo los huecos con ramas, se hacen albergues, abandonados sin tristeza cuando se marcha la tribu. Las tiendas de tejido de pelo de camello, sujetas con cuerdas, se diferenciaban poco de las tiendas árabes de hoy. Naturalmente, el mobiliario para semejante vida es muy poco, pues se limita a cacharros y trajes. El lujo consiste, casi exclusivamente, en brazaletes, anillos para la nariz y las orejas de las mujeres. A veces había un jarro cincelado para los forasteros nobles.

El alimento estaba formado por carne y lacticinios. Cuando se pasaban varios años en el mismo sitio, había tiempo para sembrar trigo y plantar viñas, pero normalmente se compraba el vino y el trigo a las poblaciones sedentarias. La tribu nómada, efectivamente, solía cruzar países donde había poblaciones y habitantes fijos, con los que se celebraban transacciones. Las tribus ricas, donde reinaba un principio de orden y justicia, no eran mal vistas por los habitantes de las ciudades. A veces surgían de estos tratos peticiones de casamiento.

Formaban los rebaños bueyes, ovejas y cabras. La bestia de carga era el camello, y la cabalgadura, el borrico. El caballo escaseaba en aquellas tribus. No era considerado animal de carga, sino de lujo y de batalla, usado por reyes y guerreros. No había vehículos con ruedas.

La cultura intelectual no existía desde nuestro punto de vista. No se conocía la escritura, y las necesidades de aquellos cerebros sencillos eran muy pocas. Pero la vida de la tienda, que ponía a los hombres en constante relación, y les dejaba mucho tiempo libre, es una escuela de género especial, sobre todo para la elegancia en el lenguaje y en la poesía. La poesía de los semitas nómadas consistía en un corte simétrico de la frase en miembros paralelos, y en el uso de palabras escogidas. Las

tribus tendrían seguramente pequeños *divanes* compuestos de cantinellas de ocho o diez versos sobre los incidentes de su vida nómada, análogos al *Iasar* de los israelitas y al *Hamasa* y al *Kitab-el-Aghani* de los árabes.

Los verdaderos monumentos de la época eran, como en todos los pueblos ajenos a la escritura, la piedra levantada, el cipo erigido en recuerdo de un hecho, y en el cual solía ponerse una mano, por lo que se los llamaba *iad*. Otras veces eran montones de piedras, *galó galgal*, según uso que existe aún en Oriente. El nombre de estos monumentos era un recordatorio para las generaciones venideras. A veces representaban lo mismo altos árboles seculares.

Aquel tipo de sociedad, que se ha perpetuado hasta nuestros días en las tribus árabes no contaminadas, era demasiado incompleto para llegar a una gran civilización, pero en su origen contribuyó poderosamente a fundar lo que más necesitaba la sociedad: la honradez y el sentimiento familiar. En dicha sociedad, los jóvenes tenían menos importancia que en Grecia. Dominaba el anciano, el jefe, poseedor de la sabiduría y el poder. La perfección la encarnaba el aristócrata tranquilo, bien nacido, bien educado, cortés, que tomaba la vida en serio y huía de todo lo grosero. Resultaba de todo esto un humor esencialmente pacífico, algo generoso, altivo y leal. Era el estado de alma de la gente acomodada, defensora de su derecho y respetuosa con el ajeno. Todo esto podía degenerar fácilmente en espíritu pleitista e interesado. La astucia era muy apreciada en aquel mundo antiguo. La prudencia era la virtud principal. No inspiraba grandes escrúpulos la mentira, pero el temor a una fuerza superior ofendida por ciertos crímenes como el homicidio y el adulterio, tenía ya eficacia. La religión implicaba una moral primitiva. Fuerzas misteriosas recompensaban el bien con flojedad e intermitencia, pero en algunos casos castigaban el mal.

Este modo de entender la religión constituía la superioridad de aquellos graves pastores sobre todos los pueblos de su tiempo y les hizo ocupar lugar preferente en la historia de la humanidad.